

EL CONDE DE GALVEZ

por ISIDORO VAZQUEZ DE ACUÑA
MARQUÉS GARCÍA DEL POSTIGO

Agregado cultural de la Embajada de Chile
y Subteniente de reserva de Infantería del Ejército chileno

La villa que fuera cuna de un Virrey de la Nueva España, de un Marqués Ministro y de un Embajador, se vio una vez más honrada con el nacimiento de un eximio militar, Mariscal de Campo, Conde y Virrey. Bernardo de Gálvez ilustrará con su figura el solar más distinguido que en Macharaviaya ha tenido lugar, abriéndole sus laureles no sólo la provincia de Málaga, sino España entera, como también lo hicieron otros miembros de su familia.

En efecto, era hijo legítimo de don Matías de Gálvez y Gallardo, quien desde Cadete a Teniente General sigue una carrera triunfal, alternando en diversas circunstancias sus cargos militares con ocupaciones de responsabilidad política. Así, graduado de Comandante, Su Majestad le distinguió con la Gobernación General de las islas Canarias. Años después, siendo Comandante General de la Nueva España y Guatemala, se destacó en la conquista del castillo de San Fernando de Omoa y de la plaza de San Juan de Nicaragua, así como en otras operaciones de la guerra con Gran Bretaña. Su trayectoria culminó en 1783 como Virrey de México.

Un hermano de don Matías, don José de Gálvez, desde su despacho de abogado fue ascendiendo a los más altos puestos de Gobierno. Letrado en la Embajada francesa, conoce al Ministro Grimaldi, quien al poco le hizo su secretario, desenvolviéndose don José con tanto celo, que de Alcalde de casa y Corte pasó al virreynato de México a depurarlo como Visitador General.

En el desempeño de sus funciones mejora el problema de la esclavitud, coloniza una gran parte del valle de Sonora, y promueve las expediciones evangelizadoras de Fray Junípero Serra hacia Califor-

nia. De regreso en España, Carlos III le designa Ministro Universal de Indias, cargo que ocupó durante once años, hasta el día de su fallecimiento. La obra ministerial del Marqués de Sonora —título con que lo premió el Monarca— es tan vasta, que con mencionar el establecimiento de las rentas de tabaco, las ordenanzas de libre comercio, la recreación de la Real Compañía de Filipinas, las innovaciones en el comercio de esclavos negros, la creación del régimen de Intendencias en América, y su interés por fundar el Archivo de Indias, tendremos bastantes muestras de sus altos servicios a la Corona.

Don Antonio y don Miguel Gálvez no alcanzaron la altura de sus dos hermanos nombrados, pero ostentaron puestos de importancia. El primero fue Comandante General de las Rentas de la bahía de Cádiz y lució la venera de Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III. El segundo, de formación eminentemente jurídica, se destaca como legislador y político, siendo el creador del Montepío de socorro para viudas y huérfanos de militares. «Otras misiones no sencillas le son encomendadas —dice Souvirón— y todas ellas sirven para acreditar sus dotes de gobernante prudente y hábil, y de político perspicaz. Así llega hasta el puesto supremo de Consejero de Guerra. Pero todavía tendrá ocasión de demostrar su prudencia como diplomático». Nombrado por S. M. el Rey (1788) Ministro plenipotenciario en Prusia y más tarde en la Corte de los Zares, establece importantes convenios comerciales y actúa de mediador, dictando las bases de la paz entre Rusia y Suecia.

El Conde de Gálvez, impulsado desde pequeño por el ejemplo de los que le rodeaban, no podía existir sin crecer y superarse, ayudado de su simpatía, apostura y sencillez. «Pletórico de virtudes castrenses —dice la condesa de Berlanga de Duero en su libro *Vidas que fueron*—, amaba a sus oficiales y soldados, que correspondían adorándole; trabajador incansable, la guerra era su elemento; conquistar tierras para España, su constante objetivo; el afán de prosperar y lograr adelantamientos, tenía fuerte reciedumbre en aquella alma guerrera, que como todos los miembros de su familia, cifraba siempre su meta en la ambición. No era él un ser distinto a los demás mortales; era sólo un hombre, y como todos los humanos, imperfecto.»

¡Qué simpática figura la de Gálvez! Si valiosa en lo político y militar, cuán atractiva en su faceta humana, que la tradición ha nimbado de un halo legendario. Sean estas líneas el homenaje de un chileno al militar que hizo destellar las armas españolas en tantas oca-

siones —no sólo en Panzacola— y cuya clara visión de la política americana no ha sido estudiada hasta hoy, pudiendo decirse que es uno de los precursores del Hispanoamericanismo (*).

* * *

Don Bernardo-Vicente-Polinar de Gálvez Gallardo y Ortega, nació en Macharaviaya el 25 de julio de 1746, siendo cristianado durante el mes siguiente (1). Ocurre esto, pues, durante el mismo año en que Felipe V muere casi repentinamente en el palacio del Pardo.

«Se cierran los ojos del rey cuando todavía el pueblo embriagado por los triunfos militares anteriores, ignora la pérdida de Parma y la derrota de Plasencia, y mientras aquella vida se apaga, se enciende otra en un humilde burgo malagueño. Un burgo perdido, ignorado, apenas registrado por la nomenclatura geográfica, más que como villa, como agrupación de casas. Pero el infántico que nace de una familia de hidalgos empobrecidos, tiene en sus primeros llantos por el mundo un acompañamiento de júbilo militar, de redobles heroicos. Y éste, que a primera vista puede parecer puro casuismo, ha de tener un extraordinario simbolismo en la estrella del recién nacido.» (2).

Educado bajo la firme disciplina de su padre y acicateado por el ejemplo de sus tíos, Bernardo de Gálvez encuentra desbrozado en parte el camino de su existencia. Pero no se conforma con esto y emprende la dura carrera de las armas, donde si algo sirven las influencias familiares, mucho más efectivos son el valor y la constancia. Diez y seis años tiene cuando va de voluntario, desde la Academia de Avila, a la guerra de Portugal (1762), con el grado de teniente de Infantería.

Formando parte del ejército de don Juan de Villalba, pasó a Nueva España hacia 1765. En el viaje, el joven Bernardo estuvo en trance de perder la vida, naufragando en las costas de Tabasco.

En la capital del virreinato toma contacto con su tío, el Visi-

(*) El presente estudio es un extracto del capítulo dedicado a nuestro biografiado, en el libro *La Casa de Gálvez*, que tenemos en preparación, y que como un anticipo publicamos gustosos en la REVISTA DE HISTORIA MILITAR.

(1) *Libro de Bautismos de 1746*, folio 131 v.

(2) SOUVIRÓN, pág. 22.

tador General don José de Gálvez, futuro Marqués de Sonora y Ministro de Indias, y no es extraño que participase en la expulsión de los jesuitas, en la cual aquél tuvo activa intervención. Habíasele destinado al Regimiento de Infantería de la Corona.

En 1769 el Virrey Marqués de Croix le comisionó para ir al Norte de su jurisdicción a ponerse a las órdenes del Comandante de las armas de Nueva Vizcaya, don Lope de Cuéllar. Presentose en San Felipe el Real de Chihuahua el 11 de abril, siendo designado ese mismo día capitán de la primera compañía de las cuatro de nueva creación, organizadas para iniciar una dura ofensiva contra las tribus apaches. La campaña, a pesar de los crecidos gastos que irrogó, no produjo el fruto deseado. Cuéllar fue relevado de su alto cargo y sustituido por Gálvez, escaso en edad y experiencia. Corría 1770 y en las manos de un mancebo de 24 años estaba el destino de la Comandancia de Nueva Vizcaya, Sonora y Opataría.

Sin embargo, Bernardo era sagaz y despierto; pronto obtuvo su primer triunfo militar y diplomático: la celebración de una alianza con los indios ópatas, que continuamente asolaban la región. «El tratado ofrecía muchas ventajas para las autoridades españolas, ya que no sólo prometían estos indios conservar la paz, sino también comprometían sus servicios en las guerras contra otras tribus indígenas enemigas. Por otra parte, nombraron por su Gobernador al propio Gálvez, con lo cual quedaban aseguradas plenamente sus ofertas.

»De sumo interés era entonces conquistar a los apaches, que sistemáticamente asaltaban los caminos y rancherías, arruinando en general toda la economía del norte del país. Así, Gálvez puso la mayor atención en combatir a estos enemigos y salió en su primera campaña en octubre de 1770, llevando bajo su mando más de 200 hombres. Emprendida la marcha en tiempo lluvioso y frío, empezó a recorrer los desiertos que lo separaban de su meta. Fueron veinte días de caminar calados por las aguas y reduciendo la ración cada vez más, porque los bastimentos se iban estropeando con las lluvias. Completamente agotados de víveres, la noche del 1.º de noviembre acamparon a las márgenes del río Colorado en Tejas, todavía sin ver a ningún indio. Entre la tropa ya se hablaba de regresar a la civilización.

»A la mañana siguiente, cuando estaban todos sobre sus caballos, Gálvez dirigió a sus hombres la primera de muchas arengas que siempre le iban a dar buenos resultados. Con tono vibrante, dijo: «Com-

pañeros míos: llegó el día de hacer el último esfuerzo para dar al mundo una prueba de nuestra constancia. Los fríos y los hielos ya veo con que alegría sabéis resistirlos; el hambre, que es peor que todas las intemperies del tiempo, la tenemos a la vista, no por mi culpa, sino porque el cielo, con sus muchas aguas, nos ha perdido el bastimento. Nuestros enemigos, ignoro los días o meses que tardaremos en encontrarlos; volver a buscar qué comer es dar tiempo a que nos corten el rastro los indios, y después que seamos sentidos será imposible alcanzarlos. Irnos a Chihuahua con el sonrojo de haber gastado tiempo y dinero sin hacer nada, no es para quien tiene vergüenza, ni esta ignominia se acomoda a mi modo de pensar. Me iré solo si no hubiese quien me acompañe. Yo llevaré una cabellera para Chihuahua o cumpliré por uno o pagaré con mi vida el pan que he comido al Rey. Este es el camino de nuestra tierra: váyanse por él los que tuviesen el corazón débil y síganme los que quieran tener parte en mis gloriosas fatigas, en el supuesto de que nada puedo darles, sino es las gracias por esta fineza, que vivirá siempre en mi memoria y reconocimiento.

»Habiendo terminado, picó al caballo con las espuelas y se lanzó a cruzar el río. La respuesta fue unánime. Uno tras otro, los jinetes lo siguieron, gritando que lo acompañarían hasta la muerte, que se comerían los caballos y después las piedras, pero que nunca lo abandonarían.

»Al mediodía rompieron el ayuno con dátiles verdes de unas palmas silvestres que encontraron por el camino. Más tarde informaron los espías de vanguardia que divisaban caballería paciendo. En la noche los indios amigos dieron cuenta de que muy cerca estaba un campamento de apaches. La noche se pasó en vela, haciendo los preparativos para el asalto.

»Antes del amanecer se acercaron al campamento y ocupó cada uno el puesto designado. En el momento oportuno, y al grito de ¡Santiago!, todos se lanzaron sobre los aduares de los apaches. Los indios más cercanos al río huyeron nadando, pero fueron alcanzados por Gálvez y los hombres que lo siguieron.

»Veintiocho indígenas encontraron la muerte aquella madrugada y 36 fueron cogidos presos, logrando escapar solamente tres, que se habían anticipado para reunir la caballada. El botín incluyó 204 bestias y más de 2.000 pesos en pieles de bisonte y venado. Aliviado el hambre con los víveres cogidos a los enemigos, se emprendió el regreso a Chihuahua.

»Fue la iniciación de Gálvez en las guerras fronterizas lo que le sirvió de gran experiencia para las sucesivas campañas, cuya relación no es oportuno narrar. Baste decir que en una ocasión fue atacada la misma villa por los apaches gileños; salió la compañía a darles alcance, y Gálvez, siendo avisado poco después, marchó sólo a reunirse con sus hombres. Fue su desgracia encontrarse con cinco indios, que lo atacaron brutalmente, dejándolo por muerto, con una flecha en un brazo y dos heridas de lanza en el pecho.

»La última campaña la hubo de suspender cuando, todavía convaleciente de sus heridas, fue tirado por su caballo, recibiendo fuertes contusiones en el pecho.» (3).

Dejó escritas sus experiencias en *Noticias y reflexiones sobre la Guerra que las tropas españolas mantienen en la América contra los Indios Apaches y otras naciones bárbaras*. Las costumbres, vicios y virtudes de los aborígenes, el modo que tienen de hacer la guerra, la forma de defenderse de los españoles y las «circunstancias que podrían añadirse para que fuese con más éxito» la incorporación de esos pueblos a la vida española de México, junto a otras observaciones interesantes, se leen en sus páginas (4).

* * *

Terminada la visita de don José de Gálvez a fines de 1771 —por varios ataques de locura que se le produjeron en Sonora— pidió al Monarca que relevase a su sobrino del mando que le tenía encomendado, para que pudiera acompañarlo a la Península. La solicitud fue aceptada por S. M., y Bernardo abandonó las guerras indígenas, que tanto le apasionaban. Camino de Veracruz, dejó en la capital virreinal catorce cautivos apaches, que matriculó en el Colegio de San Gregorio, demostrando su interés en que a las conquistas materiales fuesen aparejadas las del espíritu.

En el citado año de 1771, el día 8 de marzo, fue aceptado, en compañía de su padre, en la calidad de cofrade de la Real y Noble Congregación del Dulce Nombre de Jesús de Vélez-Málaga, acto

(3) PORRAS, págs. 7 y 8.

(4) Citado por PALAU y DULCET, t. VI, pág. 29. Publicadas por Texidor en 1925; son bastantes escasas estas *Noticias*, cuyo original se haya en la Biblioteca Nacional de México, t. II de papeles varios de la Iglesia de México (P-I-2-8), estante P de la subdirección.

positivo de nobleza (5), que reafirma cinco años después al ser agraciado por el Rey Don Carlos III con el Hábito de la Real y Distinguida Orden de su nombre, para cuyo ingreso dió poder general en Madrid el 6 de julio ante el escribano Mateo Alvarez de la Fuente, a don Diego de Paniagua, quien tramitó su expediente de probanza nobiliaria y de limpieza de sangre, y legitimidad de sus cuatro primeros apellidos, el que fue aprobado por el Consejo de la Orden el 31 de octubre de 1777 (6). También perteneció a los Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid, pero su expediente no se conserva en la actualidad (7).

Promediando 1772, se encontraba de nuevo en España, desde donde pasó con licencia a Francia, para perfeccionarse en ciencias militares. De regreso a su patria, tres años después, se incorporó como Capitán al Regimiento de Infantería de Sevilla. Con este cuerpo se encontró bajo las órdenes de O'Reilly, en el desembarco y ataque de la plaza de Argel, en el que le hirieron gravemente, lo que no fue motivo suficiente para que abandonase la compañía de cazadores a su cargo hasta haber ejecutado la operación que se le tenía encomendada. Sólo cuando la bandera blanca cargada de lisas de los Borbones —aún enseña nacional— ondeaba sobre la fortaleza de Argel, se dejó llevar por sus soldados, mientras la sangre le manaba como en holocausto a la gran empresa española.

En recompensa fue ascendido a Teniente Coronel y agregado a la Escuela Militar de Avila, sitio donde habían transcurrido sus andanzas de cadete. Un año le retiene la murada ciudad entre añoranzas y recuerdos; un año en que su cuerpo descansa de las pasadas fatigas (8). Un nuevo destino le esperaba: el gobierno de la Luisiana y Florida.

* * *

«Débilmente poblada de blancos —todos franceses y poco adictos el nuevo Soberano—, la provincia inmensa de la Luisiana, que había pertenecido a Francia, estaba casi toda en manos de los indígenas. El Gobierno español hubo de enfrentarse, pues, con el pro-

(5) Expediente núm. 49 de la Real y Distinguida Orden de Carlos III. A fojas 598, copia de parte del libro registro de tal Corporación.

(6) Idem, ibidem.

(7) RÚJULA: *Índice de los Caballeros...*

(8) SOUVIRÓN, págs. 33 a 37.

blema de dominar aquella extensión con noventa soldados, cupo máximo con que contó Ulloa, el primer Gobernador. La moneda española, que vino a depreciar a la francesa, fue motivo de mayor descontento entre el pueblo. El producto primordial, la exportación de pieles que tenían mercado en Francia pero no en España, vino a menos con las limitaciones comerciales impuestas por la legislación indiana. Pero el problema principal era el indígena. La política española de reducir a los indios al cristianismo, chocaba con el sistema francés de atraerlos por medio del comercio y de regalos anuales. En realidad, los problemas de Luisiana persistieron durante toda la época del gobierno español, y con ellos se enfrentó Gálvez a su llegada, aumentados por los resentimientos nacidos de la sublevación de Nueva Orleans, en 1768.

Gálvez aparece en dicha capital en 1776, como Coronel del regimiento local, y el 1 de enero siguiente recibe el gobierno en calidad de interino, sucediendo a Unzaga. Según sus instrucciones, había de formar censos de la población; revisar los gastos anuales; visitar los distritos provinciales, incluyendo Nachitoches, Opelusas y Atacapas, informando ampliamente sobre los puestos avanzados más allá del Arkansas y concediendo especial atención a la frontera británica; levantar mapas del Mississipi y de la costa desde la Baliza a la bahía del Espíritu Santo; admitir pobladores extranjeros que fueran católicos y prestaran juramento de adhesión a la Corona; adoptar medidas enérgicas contra el comercio ilícito, castigando severamente a los infractores; alentar el cultivo del tabaco; fomentar la amistad de los indios; organizar y disciplinar las milicias provinciales, e informar sobre el estado de la religión, las salinas, caminos, bosques y la moneda en circulación. Finalmente, había de informarse de los asuntos de las colonias británicas, teniendo facultad para enviar comisionados secretos a las provincias vecinas.

En los primeros días de su gobierno tomó acción directa contra los contrabandistas ingleses, confiscando 11 barcos que se encontraban en el río y expulsando a todos los habitantes de esta nacionalidad de la provincia. En represalia, apareció el 21 de abril la fragata «*Atlanta*», que protestó por la confiscación, disparando sobre un navío francés y otro español. Su capitán presentó disculpas a Gálvez, afirmando que creía eran de los norteamericanos, entonces en rebelión, y señalando que, conforme al tratado de 1763, tenían derecho de paso los ingleses por el Mississipi.

Intensificó la inmigración, llevando 1.582 canarios en 1778, que

fundaron varias poblaciones sobre el río, en tanto que los refugiados americanos e ingleses formaban un poblado al noroeste de Nueva Orleans, que hubieron de llamar Galveztón, en honor a su protector. En 1779 llegaron 500 malagueños, que fundaron Nueva Iberia.

* * *

Pero aunque su gestión fue indudablemente decisiva en el florecimiento de la provincia, para Gálvez fue de mayor gloria su actuación militar en la guerra contra Inglaterra. En ambos aspectos influyeron notoriamente dos factores que no habían concurrido en sus antecesores, gracias a los cuales Bernardo logró identificarse con la población francesa de la Luisiana (9): primero, su conocimiento de la lengua y costumbres francesas, y segundo, su matrimonio con una joven criolla de la localidad.

Las relaciones entre España e Inglaterra eran tirantes y todo hacía suponer se encaminaban a un total rompimiento. Gálvez decidió reforzar las principales defensas de su gobernación, y siendo el Mississippi la vía de acceso obligada para los puestos ingleses del Norte, lo más importante era dominar su entrada. Con este objeto hizo construir tres lanchones, en cada uno de los cuales fue montado un cañón de 18 o 24 libras; por su poco calado tenían ventajas sobre cualquier barco, y su movilidad era rápida, ya fuese a remo o a la vela.

El ejército regular fue aumentado hasta cubrir quinientas plazas y las milicias hasta mil, fuerza reducida pero bien dotada y adiestrada.

Pero, a la vez, Gálvez fomentaba un espíritu de buena vecindad con los ingleses. Sabiendo que los habitantes de Panzacola estaban reducidos a comer pescado, envió 150 barriles de harina en su auxilio; también abrió las puertas de su Luisiana a las víctimas de la expedición de Willing, y de igual manera los españoles de Pointe Coupee encontraron generoso asilo en Manchac, durante una inundación que destruyó sus hogares. Cortésmente generoso, Gálvez permitía que los barcos ingleses se aviaran en el Mississippi y que compraran ganado en los Opelusas.

Esta cordialidad oficial no impedía, sin embargo, que Gálvez utilizara las facultades de enviar espías al territorio inglés. Con gran

(9) PORRAS MUÑOZ, pág. 10, 11 y 12.

habilidad, recurrió al capitán Jacinto Panis, quien rindió servicios básicos para las campañas posteriores. Públicamente la misión de Panis consistía en protestar ante el gobernador Pedro Chester por las desatenciones cometidas a barcos españoles por las tropas inglesas de las lomas de Margot y Prudhomme y en llegar a un acuerdo sobre esclavos fugitivos. Con una caja de azúcar y una bota de vino que llevaba de regalo para el Gobernador inglés, Panis salió de Nueva Orleans el 22 de febrero de 1778 y, pasando por Mobila, llegó a Panzacola, donde se entrevistó con Chester.

Si bien la misión diplomática de Panis fue un fracaso para España, ya que Chester esquivó todos los negocios, su misión secreta tuvo grande éxito. A su regreso rindió un informe detallado de ambas poblaciones y sus fortificaciones, acompañándolo de planos y de un proyecto minucioso para lograr su conquista.

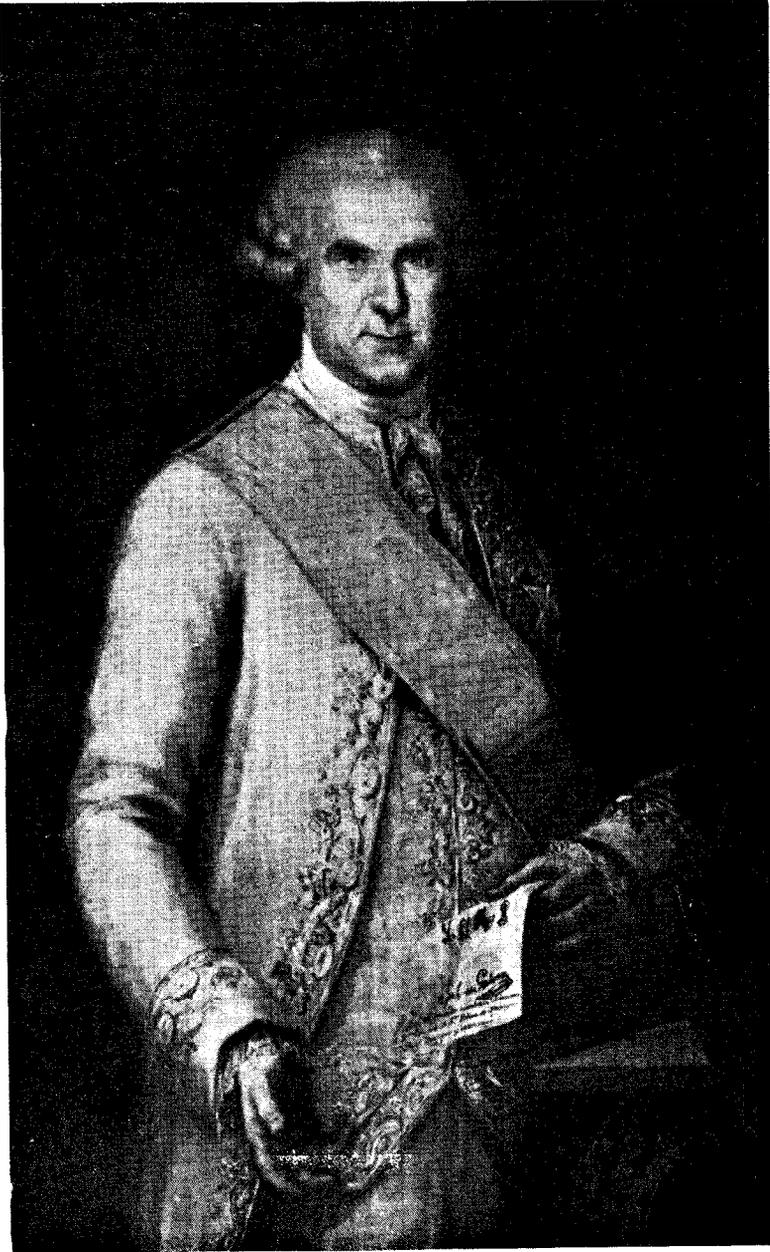
* * *

Al año siguiente la guerra se hacía inminente. La llegada de cuatrocientos guardias valones a Manchac y las noticias comunicadas por los ingleses en cartas interceptadas por Gálvez, le hicieron columbrar la próxima ruptura de hostilidades. Las fuerzas inglesas se preparaban, indudablemente, para atacar Nueva Orleans.

Desde el 18 de mayo comunicaba la Corte española a los gobiernos provinciales que la ruptura con Inglaterra se acercaba, haciéndose la declaración formal de guerra el 21 de junio de 1779. Anticipándose a la ruptura, Gálvez dobló sus preparativos militares.

El 13 de julio convocó una Junta de guerra, ante la cual planteó llanamente la situación crítica de la Luisiana. Calculaba las fuerzas regulares inglesas en 800 hombres, contra 600 españoles, de los cuales dos terceras partes eran reclutas. En un mapa señaló los numerosos puntos desde los que podía ser atacada y vencida la capital, acordándose concentrar todos los elementos disponibles en Nueva Orleans y pedir auxilios a La Habana, así como la construcción inmediata de cuatro reductos cercanos a Manchac.

El proyecto se puso en obra sin pérdida de tiempo. Con el pretexto de prepararse para defender Nueva Orleans, se aprestaba su Gobernador para iniciar la campaña. Al recibir la declaración de guerra, Gálvez guardó en secreto la noticia para no desalentar a los vecinos, pero aceleró la concentración de elementos necesarios para la ofensiva que había de comenzar el 23 de agosto. Proyectaba Gálvez



El Marqués de Sonora. (Oleo atribuido a Goya).



Don Matías de Gálvez, pintado cuando el retratado era Capitán General de Guatemala.

hacer un llamamiento al pueblo en solicitud de su apoyo tres días antes de salir en campaña (10). Desde el 8 de mayo, era Gobernador en propiedad (11).

Dispuesto a lanzarse en la campaña, a pesar de la oposición unánime de todos los oficiales que convocó a Consejo, los cuales eran de opinión de prepararse sólo para la defensa hasta recibir refuerzos desde La Habana, un furioso temporal sumergió, el día 10 de agosto, casi todas las embarcaciones que tenía en el Mississipi y arruinó muchas casas de Nueva Orleans, destruyendo además las plantaciones inmediatas, pero ante el inflexible carácter de don Bernardo Gálvez no disminuyó el vigor de las tropas ni la confianza del pueblo, que voluntariamente ayudó en la recuperación de algunas embarcaciones y artillería del fondo del río.

Aguijoneado por la necesidad de atacar primero a los ingleses, ya que éstos no habían sufrido ningún daño, Gálvez reunió a la población y le dirigió un discurso sobre su estado miserable, y sobre la declaración de guerra. «No puedo tomar posesión de mi cargo, dijo, sin antes jurar ante el Cabildo que defenderé la provincia; pero, aunque yo estoy dispuesto a derramar la última gota de mi sangre por la Luisiana y por mi Rey, no puedo prestar un juramento que quizá tenga que violar, porque no sé si me ayudaréis a resistir los designios ambiciosos de los ingleses. ¿Qué decis? ¿Prestaré el juramento de Gobernador? ¿Juraré defender la Luisiana?».

Un aplauso estrepitoso fue la contestación. «Tomad el juramento, respondió el portavoz de los vecinos de Nueva Orleans; por la defensa de la Luisiana y por el servicio del Rey, os ofrecemos nuestra vida y ofreceríamos nuestra hacienda si algo nos quedara.»

Con la adhesión del pueblo, Gálvez prosiguió los preparativos. Del fondo del Mississipi sacaron cuatro barcos, que lograron poner a flote y rearmar con los 10 cañones destinados a la defensa de Nueva Orleans. Esta flotilla empezó a remontar el río pocos días después, al mando de Julián Alvarez, en tanto que Gálvez asumía la dirección del ejército de tierra (12).

El 27 de agosto 587 blancos y algunos indios se pusieron en marcha, sin tiendas ni bagajes: iban, además, ochenta mulatos y negros libres. La columna llegó penosamente a Acadia, donde se

(10) Idem págs. 13 y 14.

(11) Archivo General de Simancas, Títulos de Indias, 186-52.

(12) PORRAS MUÑOZ, pág. 14.

le unieron 600 voluntarios recogidos al azar, pero por las penalidades de la marcha a través de los bosques sólo llegó la tercera parte de la totalidad a la vista del fuerte de Manchac. El 7 de septiembre fue éste tomado por asalto sin lamentar bajas, por la rápida capitulación de los ingleses, cuya guarnición quedó prisionera.

Después de un breve descanso se dirigió Gálvez contra el fuerte de Baton Rouge, rodeado por un ancho y profundo foso, resguardado por un muro y varias enramadas, y defendido por 13 cañones, 400 soldados regulares y 150 blancos y negros. Estimando muy costoso un asalto, dispuso formar trincheras y establecer baterías, lo que hizo felizmente al distraer al enemigo mediante una escaramuza. Era el 20 de septiembre; al día siguiente rompióse el fuego, logrando, a las tres horas, **desmantelar** el fuerte desde el cual tocó llamada y pidió capitulación, la que fue concedida a condición de que también se entregase a los **españoles** el fuerte de Panmure de Natchez, muy bien guarnecido y en excelente situación estratégica. Veinticuatro horas después, terminada la tregua permitida para que los vencidos sepultasen sus muertos, **salía** el Comandante Dickson con sus soldados, entregaban sus armas y se convertían en prisioneros de guerra.

El mismo día salía el Capitán Juan Delavillebeuvre al Norte con cincuenta hombres y un mensajero de Dickson, a recibir el fuerte de Natchez, que fue entregado el 5 de octubre.

Mientras tanto, se habían librado ligeras escaramuzas en otros puntos ingleses, que fueron tomados por voluntarios norteamericanos y destacamentos españoles dependientes de Gálvez. La victoria más espectacular es seguramente la del Comandante español Vicente Rillieux. Habiendo avistado un transporte enemigo dirigido a Manchac, Rillieux escondió su tropa en una alameda ribereña. Al pasar el barco sonaron a la vez disparos de todos los mosquetes y se levantaron tales alaridos que los ingleses se creyeron dominados, refugiándose en el interior de la embarcación. Rillieux y sus hombres la abordaron y los hicieron prisioneros con sólo cerrar las puertas. La presa sumó 56 soldados del regimiento de guardias valones y 12 marineros. El Comandante español contaba en total con 13 hombres.

* * *

En menos de un mes, Gálvez y sus auxiliares habían logrado dominar la cuenca baja del Mississippi, eliminando a los ingleses y

desbaratando sus planes de atacar por el río desde el Canadá. Con la conquista de San José y San Luis, efectuada por Porrhé al año siguiente, entró en poder de los españoles toda la ribera del Poniente; al Oriente le pertenecía hasta la confluencia del Ohio, en tanto que más al Norte ejercía un dominio conjunto con los norteamericanos. Los reinos de Carlos III aumentaban en más de 500 leguas de tierra rica y más fértil que la de Luisiana (13).

Esta empresa le valió a don Bernardo el grado de Brigadier

Pero la campaña sólo estaba iniciada. Había que desalojar a los británicos de todas sus posesiones del golfo de México y aún poseían, en la Florida occidental, dos fortalezas poderosas: Mobila y Panzacola. Con ambas tendría que enfrentarse nuestro joven militar.

Emprendió la conquista de la Mobila con 1.200 hombres de tropa veterana, milicias y gente de color, por no haber obtenido más ayuda del Capitán General de Cuba, don Diego José Navarro, opuesto a los planes de Gálvez y que se resistía por tanto a todas sus iniciativas. Las tropas en catorce embarcaciones se hicieron a la vela en el río Mississipi, siendo atacadas días más tarde por un violento temporal; zozobró la fragata «Comandante», el bergantín en que iba Gálvez y otros cuatro buques, en la barra de la ría de la Mobila, a la que se llegó sin víveres ni municiones y con la tropa semidesnuda.

En tan apurada situación, imposible parecía una acción militar, pero Bernardo de Gálvez decidió, con la valentía que lo distinguía, ir al combate. Utilizando los cañones de los barcos, instaló una batería en la punta de Mobila, para dominar la entrada de la bahía, y con el maderamen de los buques perdidos hizo construir escalas para asaltar muros. Poco después movilizó su fuerza hacia el fuerte Charlotte, y el 28 de febrero se colocó a dos mil varas del enemigo.

Conforme a la costumbre de la época, al día siguiente del arribo, empezó la correspondencia con el Comandante Elías Durnford para fijar las bases de la campaña. Posteriormente envió don Bernardo al Capitán Bouligny a exigir la rendición de la fortaleza. «Durnford ofreció un banquete al enviado, en el cual se brindó por ambos Monarcas, pero sostuvo su obligación de resistir al enemigo. Pocos días después llegaba al campamento de Gálvez un regalo del Comandante inglés, consistente en doce botellas de vino, una docena

(13) Carta de Creación del Título que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional.

de pollos, un carnero y pan fresco. Le correspondió Gálvez con una caja de Bordeaux y otra de vino español, una de naranjas, otra de pastas y otra de habanos. Con su regalo, el caballero español mandaba decir a Durnford que lamentaba el hecho de que hubiera destruido una parte de la ciudad para asegurar la defensa del fuerte. «Las fortalezas, señalaba, se construyen únicamente para defender las poblaciones, pero Vuestra merced está empezando a destruir la ciudad en favor de la fortaleza que es incapaz de defender.» Comprometiase, además, a no instalar ninguna batería detrás de los edificios si Durnford ofrecía no incendiar más construcciones (14). Informado Gálvez de la proximidad de refuerzos ingleses, se apresuró a atacar, aprovechando un corto auxilio de gente y víveres que le llegó desde Cuba. El 12 de marzo puso el castillo en jaque con una batería de ocho cañones de 18 libras y uno de 24, hasta abatirlo al atardecer, en que los ingleses elevaron bandera de parlamento.

Durnford ofrecía entregar el fuerte con la condición de que se le permitiera retirarse con su guarnición a Panzacola. Los españoles consideraron inadmisibles la propuesta y se concedió cuatro horas para que aquél capitulara. Los ingleses aceptaron entregarse prisioneros, siempre que se les concediese honores de guerra. El General John Campbell, que desde Panzacola se dirigía con 1.100 soldados, tuvo que retirarse precipitadamente con algunas pérdidas «y con el despecho de haberse reducido su operación a ser testigo ocular» de la derrota de sus subordinados de Mobila; era el 14 de marzo (15).

* * *

El dominio del golfo de México era aún quimérico, pues faltaba conquistar Panzacola, la plaza mejor guarnecida y resguardada de toda la región, último objetivo de todos los proyectos de Gálvez. Un ataque inmediato habría sido muy ventajoso, ya que se habría sorprendido a Campbell antes de que pudiera recuperarse de su

(14) *Diario de las operaciones de la expedición contra la Plaza de Panzacola concluida por las armas de S. M. Católica, bajo las órdenes del Mariscal de Campo D. Bernardo de Gálvez.* Impreso que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, Sección Diversos, núm. 501.

(15) PORRAS, págs. 20 y 21.

marcha infructuosa en socorro de la Mobila, pero era indispensable contar con un contingente mayor para su abatimiento.

El 15 de febrero se habían embarcado en la capital cubana 2.065 hombres, pero al enterarse el Capitán General que habían llegado auxilios de Jamaica a Panzacola, desistió de su propósito y los hizo tomar tierra nuevamente. Si Navarro hubiese tenido mayor coraje o más confianza en el intrépido Gálvez, la plaza inglesa hubiese tremolado banderas españolas muchos meses antes.

En La Habana Gálvez reiteró sus antiguas pretensiones de que se socorriese al Fuerte de la Mobila con víveres y tropas, así por hallarse escasísimo de aquéllos, como por estar amenazado de un ataque. En fuerza de sus instancias mandó la Junta de Generales se habilitasen los buques correspondientes. Otra flota partió el 21 de mayo, pero hubo de regresar porque a su Comandante le pareció imposible traspasar la entrada de la bahía de Panzacola.

Mientras tanto Gálvez, a cuyos oídos había llegado la noticia de que los ingleses habían desmantelado al fortín de las Barracas Coloradas, a la entrada de la Bahía, y se reconcentraban en Panzacola, tomó sus medidas. «Los indios que apoyan la causa de los ingleses —escribió al Comandante Campbell— creen hacer un servicio destruyendo a todos los habitantes de mi nación. Los que abrazan nuestra causa piensan que pueden cometer las mismas hostilidades contra los súbditos de vuestro Monarca. En esta guerra que mantenemos por obligación y no por odio, espero que V. Md. se inclinará a unirse conmigo en un convenio recíproco que nos abrigue de la censura horrible de la inhumanidad.» La oratoria de Gálvez en esta ocasión no dio resultado. Campbell no debió contestar, mas en cualquier caso siguió utilizando los servicios de sus indios amigos. En realidad, la propuesta neutralidad indígena era una hábil estratagema, ya que prácticamente todos los indios de la región eran aliados de los ingleses.

La falta de refuerzos de Cuba y la noticia de que en abril habían llegado once navíos británicos a Panzacola, descorazonaron a Gálvez. Un Consejo de guerra dictaminó el 4 de mayo que se pospusiera la ofensiva hasta reunir los elementos necesarios para asegurar el triunfo. «Viendo mis más deseadas esperanzas frustradas, a pesar de la buena disposición de mis soldados —escribía poco después— me lleno de tristeza al dejar interminada una tarea que el Rey se ha dignado confiarme.»

Pero estaba de por medio todo su honor militar y su espíritu

conquistador, y aunque hubo de despedirse de la mayor parte del ejército, que partió de Mobila para La Habana, dejando una reducida guarnición, no desistió en su proyecto. Habiendo fracasado las gestiones de sus enviados, resolvió pasar personalmente a Cuba a obtener ayuda. El 2 de agosto tomó tierra en la capital isleña e inmediatamente inició una serie de Juntas de guerra con el Gobernador Navarro y el Comandante general Victorio de Navia, percatándose desde luego de la oposición que éstos mostraban a sus planes.

Realmente sus quejas estaban justificadas. Tanto Navarro como Navia, oficiales más viejos y experimentados, desconfiaban de los bríos juveniles de Gálvez y entorpecían de diversas maneras las imprevisiones que exigía para dejar madurar los proyectos de guerra (16).

Sin embargo, prevaleció la determinación de Gálvez y el 16 de octubre partió rumbo al continente, pero un furioso huracán azotó su escuadra durante ochenta horas, frustrando la empresa. Regresó don Bernardo al punto de salida el 17 de noviembre, sin noticias del resto del convoy, cuyas embarcaciones dispersadas fueron a parar unas a Campeche, otras a Nueva Orleans y La Mobila, habiéndose perdido una de ellas.

Conocido el desastre por Campbell, se dispuso a recuperar Mobila. Afortunadamente, un pequeño convoy transportando 500 hombres y alguna cantidad de comestibles había partido de La Habana el 6 de diciembre, al mando del capitán de fragata don José de Rada, que aunque no se atrevió a entrar en la boca de la Mobila por haber encontrado algunas variaciones en el canal, dejó las tropas en la entrada del río Mississipi, restituyéndose luego a Cuba. Al amanecer el 7 de enero atacó una fuerza de unos 200 guardias valones, siendo rechazado por el destacamento español, que tuvo catorce muertos y veintitrés heridos, pero debido a la muerte de los principales oficiales británicos, los atacantes se retiraron.

* * *

Estas circunstancias movieron a Gálvez a instar la reorganización de sus fuerzas, lo que anteriormente no se le había concedido.

(16) Vid. notas 14 y 15.

«Aprobada la idea por la Junta de Generales, acordó se señalasen 1.315 hombres de varios Regimientos, incluidas cinco compañías de granaderos y se providenciase a la habilitación de buques de transporte, destinando para conserva de éstos el navío de guerra *San Ramón* al mando de don José Calvo, la fragata *Santa Clara*, de don Miguel de Alderete, la *Santa Cecilia*, de don Miguel de Goicoechea, el chambequin *Caimán*, de don José Serrato, y el paquebot *San Gil*, de don José María Chacón, todos a las órdenes del citado General don Bernardo de Gálvez, por petición suya y asenso de la Junta» (17); pudiendo así zarpar definitivamente el 28 de febrero, recalando los buques nueve días después en la isla de Santa Rosa, que se encuentra delante del puerto de Panzacola, en la que desembarcó la tropa, apercebido cada soldado de ración y municiones para tres días.

La gente del primer desembarco llegó a la punta de Sigüenza el día siguiente, 1 de marzo, a las cinco y media de la mañana, no encontrándose en ella el fuerte que se pensaba abatir, para dejar expedita la entrada a la escuadra la entrada a Panzacola, esperando allí los refuerzos. Sólo se encontraron tres cañones desmontados y una batería de faginas medio deshechas, que con poco conocimiento de su utilidad había abandonado el enemigo. Al poco tiempo se divisaron dos lanchas con siete hombres que apresaron los cazadores, lo que fue advertido por el fuerte de las Barrancas Coloradas, que se encontraba frente a la punta de Sigüenza, y por dos fragatas in-

(17) Vid. nota 14. No hemos podido consultar *Noticiosa, verica (sic), triunfante y victoriosa Relación que declara y da noticia del feliz vencimiento, y victorioso aplauso que han tenido las Catholicas Armas de nuestro Augusto Monarca el Señor D. Carlos Tercero (Q. D. G.) en la restauración de la Plaza de Panzacola, la Florida, y otras diferentes que va restaurando la Corona de España a el Rey Britanico, todo conseguido a la solicitud, y cuydado de los Excmos. Sres. D. Josef Solano, General del Mar, y D. Bernardo de Galvez, General de tierra, sucedido el día 8 de mayo de 1781. con todo lo demás que verá el curioso en esta Primera parte.—Con licencia: En Sevilla, por Josef Padrino, en la Calle Génova.—Segunda parte que refiere la imbasion, y Bloqueo de la Florida, y otras belicosas, noticias curiosas, las fiestas, aplausos y festejos que en acción de Gracias ha ofrecido a la Divina Magestad el Puerto de la Havana, y ahora nuevamente la Imperial, y coronada Villa de Madrid, con todo lo demás que verá el curioso Lector.—Citado por MEDINA en su *Biblioteca Hispano-americana*, t. VI, pág. 168, número 4980, encontrándose un ejemplar de este impreso en el Museo Británico.*

glesas fondeadas en sus inmediaciones, comenzándose un vivo tiro-teo sobre la tropa española.

Cambióse esa misma mañana el fondeadero del convoy, dejándolo más inmediato al puerto, y en la tarde el General hizo varios reconocimientos en la parte de la isla que mira a la plaza, eligiendo un paraje donde formar batería que alejase las dos fragatas enemigas y protegiese la entrada de la escuadra, asentando ocho cañones de diferentes calibres y 150 tiendas de campaña para ese objeto.

«El 11 antes de amanecer comisionó el Comandante de la escuadra sugetos para que sondeasen la barra del puerto y se formó una batería a barbata frente a las Barrancas, con dos cañones de a 24, que comenzaron a jugar a las tres y media de la tarde contra una de las fragatas inglesas que se hallaban a la vela.

»A esta hora se levó la escuadra y comboy con objeto de entrar en el puerto, lo cual visto por el General se embarcó inmediatamente en el navío *S. Ramón* para hallarse en esta operación y pasar por el riesgo, pero fueron tantas las instancias de su Capitán D. José Calvo para que regresase a tierra, que hubo de ceder. A poco rato de haber mareado todo el comboy se reparó que el navío havia virado de bordo y que volvió a fondear donde antes se hallaba con todos los demás buques que le seguían, motivado de que al tiempo de atravesar la barra tocó en ella, según informó al General el Mayor de ordenes de la escuadra.

»Toda la noche la empleó el Comandante del navío D. José Calvo en alijarle hasta haberle dejado en disposición de que verificase su entrada, no obstante que el tiempo era poco a propósito entonces para ejecutarlo» (18), pero sin que pudiese intentarse el paso de la barra por el mal tiempo, que continuó en los días subsiguientes.

El 16 y 17 el Coronel don José Ezpeleta respondía a la comunicación enviada con Herrera, en la que avisaba se ponía en marcha con 900 hombres hasta la orilla del Río de los Perdidos, distante cinco leguas de Panzacola, necesitando para cruzarlo algunas lanchas, las que de inmediato le fueron enviadas al mando del Capitán de fragata don Andrés de Valderrama, quien era segundo de don José Calvo de Irazabal, Comandante del navío *San Ramón*.

Temiendo Gálvez que el fuerte viento obligara a los buques a hacerse a la mar, so pena de encallar, lo que dejaría al Ejército

(18) Vid. nota 14.

abandonado y sin medios, y pensando en lo perjudicial e indecoroso que significaba para las armas reales desistir de la empresa, intentó que la escuadra entrase en el puerto, pero el Comandante de ella y demás oficiales de marina dieron por impracticable la operación a causa de lo tortuoso del canal, la corriente de las aguas, los fuegos del castillo de las Barrancas Coloradas, la falta de prácticos seguros y el estado poco apropiado del tiempo.

Aunque Gálvez reunía los mandos militar y naval, don José Calvo de Irazábal era responsable de la seguridad de la escuadra, y en vista de lo difícil que resultaba pasar la barra y los fuegos de las fortificaciones de la bahía, desistió de la empresa. Enojado Gálvez por ello, sacrificó la prudencia, y dispuesto a jugarse el todo por el todo, resolvió llevar a efecto la heroica y laudable acción que le valió un título de Castilla y una fama por pocos tan merecida.

«Envió un subordinado al *San Ramón* con un mensaje para el Capitán y una arenga para la tropa. Para dar ejemplo, a bordo de su bergantín particular, el *Galveston*, entraría en la bahía; quien tuviera honor y valor lo seguiría. Era casi un reto para el capitán Calvo de Irazábal, quien, delante de toda la tripulación y del ejército, contestó que Gálvez era un impertinente, audaz y mal educado, un traidor al rey y a la patria» (19).

Emulando don Bernardo de Gálvez a ciertos personajes mitológicos, se embarcó a las dos de la tarde del día 18 de marzo en el bergantín *Galveston*, sin oficial, doméstico ni criado alguno, y, con la insignia de su grado en lo alto del mástil, mandó largar la vela, haciéndose saludar con los honores correspondientes; y así, sin más ayuda que la de su coraje, pasó el canal y entró en el puerto a la vista del enemigo, que dirigió contra tan señalada presa su fuego más nutrido, rompiendo jarcias y perforando el velamen, pero sin lograr daño mayor en el bergantín ni en dos lanchas cañoneras y una balandra que le siguieron a alguna distancia entusiasmadas por tanta valentía. A pesar de todos los esfuerzos de los ingleses, fondeó en la bahía de Panzacola a distancia que no podía ofenderlo el fuego enemigo, saltando a tierra por la parte interior de la isla, donde le recibió la tropa delirante de entusiasmo. En un rasgo de humor, el *Galveston* saludó al enemigo con quince salvas.

(19) PORRAS, pág. 23.

La acción brillante y decidida de Gálvez punzó el amor propio de los marinos de la escuadra, que entraron con ella al siguiente día, a excepción del navío *San Ramón*, el cual se había lastrado. Durante la operación anduvo el General en una falúa entre los barcos para darles el auxilio que requiriesen, poniendo una vez más en juego su vida para ejemplo de sus subalternos. En cuanto entregó la escuadra a las órdenes de Gálvez, Calvo de Irazábal regresó a La Habana en el *San Ramón*.

* * *

Luego que llegaron las tropas de la Mobila y Nueva Orleans, trasladóse todo el ejército a tierra firme, a fin de hacer el sitio del fuerte Jorge y las demás obras que defendían 1.800 ingleses de tropa reglada, muchos voluntarios negros «y una multitud de indios feroces, que se encubrían en los Bosques de la Campaña», entregándose con su conocida crueldad a arrancar las cabelleras de los españoles que caían en sus manos.

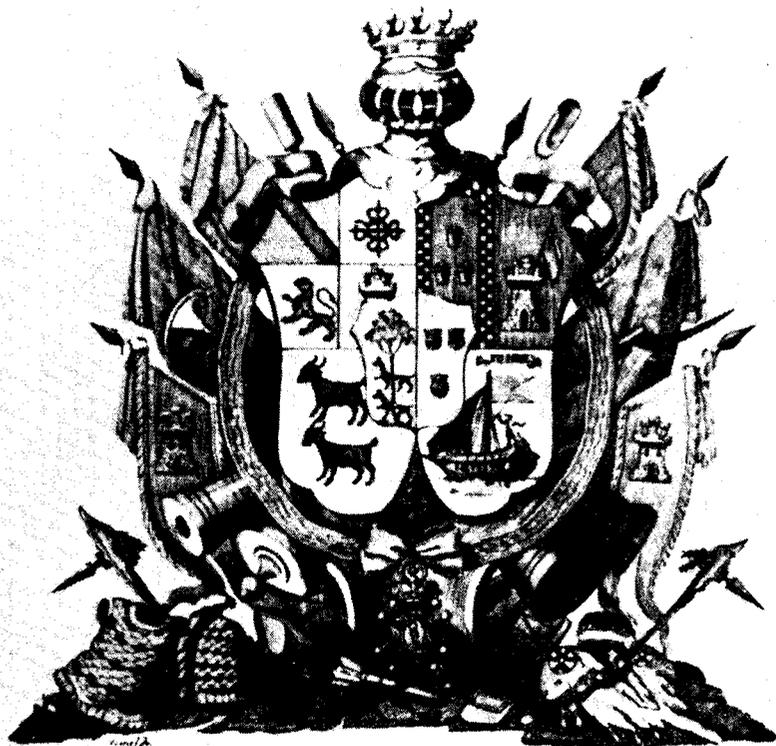
El día 27, Pedro de Chester, Capitán General, Gobernador y Comandante en Jefe, Canciller y Vicealmirante de Su Magestad Británica en la provincia de West-Florida, mandó un parlamento, tal como lo había hecho anteriormente, para observar ciertos artículos en pro de la seguridad de la villa de Panzacola; pero Gálvez se negó a recibirlo en vista del mal trato dado a tres marineros españoles que habían escapado de manos de los británicos, negándose a toda proposición.

Siguieron los ataques de las avanzadillas con los indios apaches durante el mes de abril, con duelos de la artillería. El día 12, habiendo salido don Bernardo a reconocer el terreno, un proyectil le atravesó un dedo de la mano izquierda, hiriéndole además en el vientre, con la consiguiente consternación de todos, que temieron por la vida de su tan amado General; pero quiso la Providencia que, aunque las heridas eran graves, no lo privasen por mucho tiempo de ejercitar el mando, entregado provisionalmente a Ezpeleta.

Días después del accidente se avistaron veinte embarcaciones que formaban la escuadra mandada por don José Solano, las cuales transportaban más de 1.600 hombres bajo las órdenes del Mariscal don Juan Manuel Cagigal, que venía a reforzar el sitio, llevando también la gratísima nueva de que don Matías de Gálvez,



Estatu orante del Conde de Gálvez, en el panteón de su familia
en la iglesia de Macharaviaya (Málaga).



Armas del Conde de Gálvez, que aparecen en la Real Cédula de creación del Título (Archivo Histórico Nacional).

padre de nuestro don Bernardo, ya a la sazón Presidente de Guatemala, había expulsado a los ingleses del castillo de Nicaragua (20). Con las fuerzas recibidas, el ejército español pasaba de los 7.000 hombres.

En los primeros días de mayo aumentó el fuego de artillería contra la media luna del fuerte, ocasionando numerosos daños y bajas, hasta que el día 8 una granada incendió el almacén de pólvora, volando una parte con 105 ingleses que la guardaban. Ocupóse inmediatamente aquel puesto por el Mayor General Ezpeleta y el Brigadier Girón, asentando dos obuses y dos cañones para contestar el fuego que desde el fuerte del medio se les hacía, pero que fué suspendido a las tres de la tarde, hora en que el fuerte Jorge puso bandera blanca y llegó un Ayudante del Mariscal Campbell a proponer una tregua hasta el día siguiente para capitular.

Después de varios parlamentos, en los cuales sobresalió el ingenio de Gálvez, firmó, el 9 de mayo de 1781, las capitulaciones acordadas con el Gobernador y Capitán General Peter Chester y el Mariscal de Campo y Comandante de las tropas John Campbell. Los artículos acordados estipulaban la entrega de todos los fuertes y puestos ingleses en el golfo de México, excepto San Agustín de la Florida y la isla de Jamaica; los honores de guerra para los vencidos, las condiciones de su transporte a Inglaterra, y las garantías prometidas a los no combatientes, sus familias y bienes.

El día 10, a las tres de la tarde, se formaron a quinientas varas del susodicho fuerte, seis compañías de granaderos y las de cazadores de la Brigada Francesa, a cuya distancia salió el General inglés con su tropa y, después de haber entregado las banderas del Regimiento de Waldek y una de artillería, con las ceremonias acostumbradas, rindieron las armas. Seguidamente, dos compañías de granaderos españoles tomaron posesión del fuerte Jorge y los cazadores franceses pasaron a hacer lo mismo con la batería circular, haciendo igual cosa el día precedente con el fuerte de los Red-Cliffs.

Después de sesenta y un día de constante lucha cayó Panzacola, gracias a las acertadas maniobras de Gálvez, quedando el seno mexicano limpio de ingleses, que tanto daño habían hecho a la Corona. El número total de prisioneros alcanzó a 1.113, sin incluir muchos

(20) LAFUENTE, t. XX, págs. 444 a 447, y FERNÁNDEZ DURO, *Armada...*, t. VII, págs. 282 a 292.

negros que ayudaban en la defensa, ni a multitud de indígenas, teniendo que lamentar sólo 95 muertos y 25 heridos españoles (21).

* * *

Apenas informado el Rey Carlos III de tan felices acontecimientos hizo a Gálvez Teniente General y mandó denominar la bahía de Panzacola con el nombre de Santa María de Gálvez, en su honor, y que pusiese por mayor timbre de distinción en el escudo de sus armas el bergantín *Galveston* con el mote «YO SÓLO», para perpetuar la memoria de la heroica y decidida acción que hizo posible la conquista de la base inglesa, señalando todo lo anterior en la Real Cédula de 12 de noviembre de 1781, en que erigió en Gobierno y Capitanía general las provincias de la Luisiana y de la Florida, nombrando a Gálvez para ocupar tales cargos. Pero no pasaron de allí las merecidas gracias del Monarca, sino que, atendiendo a las peticiones de los habitantes de la Luisiana, el 28 de marzo de 1783 creó el Condado de Gálvez, con el Vizcondado previo de Gálvestown (22), libre de lanzas y media annata, para el recipiendario y que éste pudiese añadir a sus armas una flor de lis de oro en campo de azur, que usa la Luisiana por antigua concesión del Rey de Francia (23), expidiendo la Real Carta en Aranjuez el 20 de mayo de 1783 (24).

Asimismo ese año, el 13 del mismo mes, se le concedió la Encomienda de Bolaños en la Orden Militar de Calatrava, vacante por la muerte del Duque de Santiesteban, pensionada en 31.400 reales al año (25).

* * *

(21) Id. *Ibidem*.

(22) Archivo Histórico Nacional, Sección Títulos y Grandezas, libro 2.753, núm. 4, asiento del Decreto.

(23) Idem, libro 629; asiento del Real despacho.

(24) Idem. Legajo 5.085, núm. 2; Expediente sobre la creación y la Encomienda de Bolaños en la Orden de Calatrava; Título original anulado de Vizconde de Gavezton e Información de Méritos y Servicios, impresa en La Habana.

(25) A repartirse de la forma siguiente: 10.000 a favor del General Don Ladislao O'Habor; 4.000, para el Capitán Ignacio Lancáster, e igual suma para Juan Valcárcel; 8.400, para repartir entre los cadetes José Aránegui, Pablo Marcos, José Urbina, Bernardo Pinzón, Lorenzo Soto, Diego Quintano y Ramón Melgarejo, todos guardias de infantería.

Antes de continuar esta sucinta biografía, queremos regresar a la segunda mitad del año 1781 y recordar una carta fechada el 28 de septiembre, que nuestro prócer dirigió al Arzobispo de Santa Fe, el Ilustrísimo señor doctor Antonio Caballero y Góngora, a raíz de la petición de ayuda que el Virrey de Nueva Granada le había dirigido, en vista de los gravísimos motines, verdadero movimiento revolucionario, provocado al parecer por un móvil económico (unas tributaciones injustas), aunque fuese aquél en realidad el ejemplo de España, que ayudaba a la independencia de los colonos norteamericanos, para abatir el poderío inglés.

Tanto el Virrey como el Arzobispo quisieron conseguir la paz a toda costa, pero sin efusión de sangre, juzgando el primero que si no acudían en su socorro el mal sería irreparable, temiendo incluso por la suerte del gobierno español en aquellas tierras. Sin embargo, Gálvez vaciló, y, en el momento culminante de su triunfo, escribe unas palabras propias de un Vitoria o Montesinos: respeto por la promesa empeñada; comunidad espiritual con el hombre de América; buena fe como base de todo gobierno. Palabras en las que palpita esa idealidad vigorosa del hispanoamericanismo, esa ideología amenazada por las más variadas retóricas y por una leyenda negra creada en principio por la exacerbada pluma de Las Casas y otros pocos españoles; germen cultivado por los destructores de la España inmortal, y que muchos sentimos —al igual que el distinguido erudito cubano José María de Chacón y Calvo, Conde de Casa Bayona— cual «realidad sustantiva, quizá más llena de futuro que de concreto y positivo presente» (26).

«Yo no sé con que ojos —dice el Conde de Gálvez al Arzobispo de Santa Fe— verá la metrópoli la lentitud con que me he manejado en esta ocasión, tan ajena a mi carácter. Mis intenciones han sido y son las mejores, y mis recelos en transportarme ahí, con una parte del ejército, se han fundado en no querer dar un paso que nos empeñase en las hostilidades... pues a la verdad sería muy dolorosa la cruel necesidad de hacerse la guerra unos españoles a otros: vasallos de un mismo príncipe, miembros de una misma religión y oriundos de una misma patria, y unidos con los vínculos de la sangre y sugetos al mismo oprobio que podrá caer sobre la nación, si nos precipitásemos a una paz sangrienta.

»Yo espero que esos antiguos vasallos conocerán sus yerros...

(26) *El documento y la reconstrucción histórica*. Cap. IV, págs. 78 a 87.

perdonará el Rey sus agravios, y siendo garantes la religión, y la antigua fidelidad, volverá ese país a gozar de la tranquilidad que tuvo, y el ejército que a tanta costa mantiene S. M. en América, no será interrumpido en las operaciones que se meditan con objeto de apresurar el deseado fin de la guerra.

»Dios querrá que este pronóstico salga verdadero y no me vea en la amargura de coronar tristemente mis hasta ahora felices expediciones, derramando la sangre de mis hermanos y compatriotas de América.» (27).

El Conde no llegó a ir a Nueva Granada, y como el Gobierno simulara pactos y ofrecimientos, dirigió aquél una carta al Visitador de las provincias, principal causante de los disturbios, diciendo:

«En tan importante objeto permítame que yo aventure desde aquí mi opinión. Esta será siempre que se debe cumplir lo prometido; que faltar a lo acordado sería hacer aún más vergonzosas las condescendencias que US. cita se han tenido como hijas del miedo y no de la reflexión; envilecer para siempre el carácter de los Tribunales y Magistrados, que maduramente se conformaron con la necesidad y circunstancias, y últimamente faltar a la buena fe, único nudo que liga recíprocamente al pueblo con sus jefes, que una vez perdida, tarde o temprano jamás volverá a restablecerse la confianza...» (28).

«Olvidadas sus hazañas —dice Casa Bayona, admirado de que nadie haya prestado atención a este precursor del Hispanoamericanismo—, efímero el resultado de sus conquistas sorprendentes y de sus grandes victorias, quedan sin embargo desafiando al tiempo, a todas las mudanzas imaginables, las afirmaciones del caudillo que se refieren a intereses más altos, más duraderos que los de una victoria militar o de un fácil triunfo de la diplomacia...» (29).

* * *

Gálvez cooperó a la causa de la independencia norteamericana, señalándose su colaboración en dos expediciones principalmente. La primera es la más conocida, por la vida agitada de su prota-

(27) Idem y Archivo de Indias, Sección 5.^a, Santo Domingo, 84-2-25, y Simancas, Secretaría de Guerra, siglo XVIII, legajo 6.912.

(28) Idem. Ibidem.

(29) Idem. Op. cit., pág. 87.

gonista, George Roger Clark, que ha sido inmortalizado en la pantalla.

Clark era un poblador de Virginia occidental, que en enero de 1778 obtuvo nombramiento de Coronel y permiso para levantar un ejército de 350 hombres, a fin de atacar a los ingleses y sus aliados indígenas. En junio del mismo año logró dominar el fuerte de Kaskasia en un ataque sorpresa que se llevó a cabo sin disparar un tiro. Por medio de varias argucias conquistó pacíficamente los poblados de Cahokia y Vincennes, y así, en menos de seis meses, dominó toda la región al norte del Ohio. La campaña de Clark y el sostenimiento de sus fuerzas fue financiado en gran parte por Gálvez, a través de Pollock, quien envió 7.200 pesos en mercancías y más de 500 libras de pólvora.

Le segunda expedición, y quizá la más importante, fue la de James Willing, comerciante de Natchez, que se adhirió al movimiento de independencia. Del Congreso americano Willing recibió despacho de Capitán e instrucciones para apoderarse de todas las propiedades inglesas sobre el Mississipi. Con un batel bien armado y una tripulación de 30 hombres, inició sus incursiones en el río a principios de 1778. El sistema de Willing era bien sencillo: desembarcaba en los poblados más pequeños, atemorizaba a los vecinos con amenazas brutales y con demostraciones eficaces de cumplimiento, y se apropiaba sus bienes muebles y esclavos. En unos cuantos meses la fama de Willing era bien conocida por toda la cuenca del río y se le temía, con toda justicia, como a uno de los mayores males de la guerra. La reacción de los pobladores ingleses consistió en abandonar sus propiedades y emigrar a los territorios españoles, donde fueron bien recibidos por las autoridades. Existen numerosos testimonios de gratitud de los inmigrantes ingleses dirigidos a Gálvez, que dan cuenta de la importancia de este movimiento para el desarrollo de la Luisiana, ya que la mayoría recibía tierras y se asentaba permanentemente.

Pero la generosidad de Gálvez con los ingleses era atenuada por su hospitalidad a los americanos. En febrero llegaba la escuadra de Willing —contaba ya con varios lanchones y numerosa gente— a Nueva Orleans, siendo alojados en uno de los edificios públicos y agasajados por todos los habitantes. Contra derecho, Gálvez autorizó la subasta de las mercancías confiscadas por el corsario rebelde; que llevó a cabo Pollock, con un producto de un millón y medio de pesos, lo que da una ligera idea de las actividades de Willing, si se

toma en cuenta el valor real de los bienes y el de las propiedades destruidas.

Las protestas de los ingleses fueron inmediatas. Numerosas peticiones de reivindicación inundaron la mesa del gobernador, quien quiso demostrar su imparcialidad nombrando una Comisión que estudiara los casos.

En marzo atracó en Nueva Orleans un navío británico, mandado por el capitán Ferguson, comisionado para apoyar las reclamaciones de las víctimas de Willing. La habilidad diplomática de Gálvez se manifiesta en su correspondencia con Ferguson, cuyas pretensiones supo esquivar con gran astucia. Dió fin al asunto Gálvez, ofreciendo restituir las propiedades confiscadas en el río entre Manchac y la Baliza; al norte de Manchac, aclaró, la línea medianera fija los límites entre el territorio británico y el español, no pudiendo hacerse responsable de los desmanes cometidos fuera de su frontera, salvo el caso de que Inglaterra quisiera ceder todo el río a España. Aparentemente satisfecho, Ferguson se apresuró a salir de Nueva Orleans.

Pero el ofrecimiento iba a desagradar profundamente a los americanos, especialmente cuando vieron que era forzoso cumplirlo. Todas las protestas de Willing fueron vanas. Barcas, mercaderías y esclavos se restituyeron a sus dueños legítimos, y muy pronto podía justificarse ante el Gobernador de la Florida.

La situación se puso tirante con la llegada de otros navíos británicos a Nueva Orleans. Gálvez temía ser atacado por cualquiera de los dos bandos, y con desesperación pedía recursos a La Habana y Madrid, y a la vez, se quejaba ante el Congreso de Filadelfia de que la presencia de Willing era desagradable, porque acarrearía complicaciones a su gobierno. Pero Gálvez era un hombre de muchos recursos y su astucia le indicó el camino para salir del atolladero. Por un edicto ordenó que tanto los ingleses como los americanos habían de prestar juramento de neutralidad o salir de su gobernación, con lo cual los navíos británicos abandonaron la Luisiana.

Los norteamericanos prolongaron su estancia en Nueva Orleans, dando el juramento. Los crecidos gastos que ocasionaban a Pollock y a Gálvez, además de la incómoda situación en que ponían a éste por las continuas demandas de los ingleses, fueron enfriando las relaciones mutuamente. La insistente correspondencia de Pollock con el Congreso revela que estaba decidido a deshacerse rápidamente de Willing y su gente, pero la salida era difícil. Prevenidos los ingleses,

los aguardaban tanto por el río como por el mar. Un salvoconducto de Gálvez permitió que saliera el ejército de Willing por tierra, con la condición de que no molestarían a los pobladores ingleses. El jefe quedó en Nueva Orleans hasta que pudo tomar embarcación hacia las colonias rebeldes; mas durante la navegación fue apresado por la marina inglesa y llevado, cargado de cadenas a Nueva York, donde lo encontró el fin de la guerra todavía preso.

* * *

Al iniciar sus campañas militares Gálvez, hubo de disminuir su ayuda a los americanos, pero, en cambio, empezó a servirse de ellos en el desarrollo de sus planes. Especialmente útil era Pollock por su conocimiento de idiomas, y también se encontraban voluntarios norteamericanos, aunque en escaso número, en algunas acciones de armas.

Como el mando del ejército de operaciones y los cargos sucesivos que ocupó Bernardo de Gálvez no implicaban la dejación del gobierno de Luisiana y Florida occidental, durante los días restantes de su vida lo veremos influyendo muy de cerca en los asuntos hispanonorteamericanos, en los cuales siempre era consultado por ser profundamente conocedor y práctico en dichas relaciones.

Así, en 1783 fueron decisivos sus dictámenes sobre el comercio con los indígenas de la Florida y la inmigración de americanos en Luisiana. Como dichos indios estaban acostumbrados al trato con los ingleses y aceptaban favorablemente sus artículos, al terminar la guerra hubo algunas compañías británicas que solicitaron permiso para continuar sus operaciones. Gálvez determinó, por consulta del Rey, que «no es su propuesta admisible, porque traería mayores y más graves inconvenientes. No tiene duda que los ingleses, por el medio que proponen, mantendrían los indios en paz y conservarían su amistad, pero sería para sí y jamás para nosotros.»

Respecto de la inmigración americana, consideraba útil aceptarla para fomentar la población y también necesaria porque, siendo en pequeños grupos, sería más fácil asimilarlos y se evitaría el peligro futuro de una crecida invasión.

* * *

Profundas diferencias hubieron de crearse luego entre los Gobiernos de Madrid y Filadelfia con motivo de los límites entre el territorio americano y las posesiones españolas, en cuyo allanamiento también iba a intervenir Gálvez de manera activa.

Conforme al tratado de paz firmado en Versalles por el Conde de Aranda y el Duque de Manchester, a 3 de septiembre de 1783, el Rey inglés cedía a la Corona española ambas Floridas, sin especificar límites. Pero en el reconocimiento de independencia hecho a los Estados Unidos se fijaba como frontera meridional una línea tendida entre los ríos Mississipí y Apalachicola, pasando por el paralelo 31 de latitud. Indignado, Gálvez protestó al Rey que aquel límite restaba territorio a la provincia, quitándole Natchez y dejando tan sólo diez leguas de tierra sobre el golfo de México. Esta demarcación privaba a España del comercio de peletería con los indios y dejaba a los americanos la bahía de Mobila.

Por otra parte, el artículo 8.º del mismo tratado establecía la libre navegación del Mississipí para los norteamericanos, lo cual venía también a perjudicar los intereses de España. Empezó a hacer uso de este derecho el Gobierno de los Estados Unidos casi inmediatamente, pues el 12 de marzo de 1784 entró en el río la balandra *América*. Como el intendente Miró no tenía ninguna orden al respecto y teniendo en cuenta que la orilla izquierda del Illinois pertenecía a la nación amiga, permitió el paso, pero previno que si descargaba sus mercancías en territorio español le serían confiscadas. Además ordenó a los hacendados ribereños que se abstuvieran de comerciar con la balandra, y envió un destacamento a su vista para evitar el contrabando.

Con esta noticia, el Gobierno español adoptó inmediatamente precauciones. Hizo saber al Congreso americano que carecía de legalidad el tratado en cuestión, ya que estaban en poder de España ambas riberas del Mississipí, con anticipación de las negociaciones anglonorteamericanas; y a la vez comunicó a Gálvez que carecían absolutamente de todo derecho para navegar por el río y que así había de darlo a conocer a los habitantes de la Luisiana. Ambos asuntos se habían empezado a tratar desde 1782 en París por el Conde de Aranda y Benjamín Franklin, sin ningún fruto, y al ser nombrado don Diego María de Gardoqui encargado de negocios del Rey ante el Gobierno americano, eran los principales problemas

que tenía que resolver. Pero tomando en cuenta los amplios conocimientos que Gálvez tenía de la región y de la situación imperante, y aprovechando su regreso a América como Gobernador de Cuba, se mandó al nuevo enviado que se comunicase con Gálvez en la resolución de ambos problemas y se atuviera en todo a sus consejos, para lo cual se le había de entregar copia de la cifra utilizada entre Gardoqui y el Ministerio, y se había de establecer un correo regular entre Nueva York y La Habana para facilitar su comunicación.

A su llegada a Cuba, Gálvez fue recibido por Gardoqui, quien lo esperaba para continuar el viaje a su destino. En una serie de juntas que celebraron, Gálvez precisó los problemas más graves y le orientó en todos los pormenores. Le entregó, además, una instrucción en la que dejaba bien claro la posesión por conquista del Mississipi antes del tratado de París, con lo cual se invalidaba los derechos alegados por Norteamérica para navegar por dicho río. En cuanto a los límites, los fijaba en el paralelo 35 (en vez del 31), afirmando que en ningún caso se podía admitir en menos del 32. Señalaba también que Estados Unidos fundaba su derecho únicamente en que las colonias primitivas habían prolongado sus territorios hacia el Oeste, sobre la misma extensión que tenían en la costa, atravesando la cordillera y deteniéndose en el Mississipi.

En una carta que remitió a Gardoqui le indicaba que recuerde al Gobierno norteamericano los servicios prestados por España en su lucha por la independencia «como los únicos derechos que tienen en el Mississipi, pero derechos de gratitud hacia nosotros y no de usurpación», y terminaba, muy a su manera, diciendo: «Si contra razón se explicasen en términos de amenazas, desprécielos V. S. en inteligencia de que para no temerles nos hallamos en las Provincias con bastante tropa veterana, una Milicia aguerrida y subordinada, amistad con muchas naciones de indios desafectos a los americanos y experiencia suficiente en el modo de hacer la guerra en el bosque, conocimiento que tal vez se lo ceerán como exclusivo.»

Después de ultimar los detalles sobre la organización del correo mensual, que había de extenderse hasta Veracruz, ya que Gálvez había sido promovido al virreinato de Nueva España, partió Gardoqui en nueva embarcación que le proporcionó don Bernardo para su mayor comodidad.

Mientras tanto llegaban noticias alarmantes a los españoles: los americanos se disponían a bajar por el Ohio a tomar posesión del puesto de Natchez, y la legislatura del Estado de Georgia votaba la erección del condado de Borbón en el territorio que se extendía hasta el Mississippi y el grado 31.

Efectivamente, a fines de mayo se presentó en Natchez un comisionado del Gobierno georgiano, Thomas Green, a recibir el fuerte. Exigida la entrega y rechazado por el Comandante español, se retiró, amenazando volver con mil hombres a tomar posesión por medio de las armas. Thomas Green había llegado a Luisiana unos años antes, huyendo de la guerra de Estados Unidos, con doce familias y doscientos esclavos negros. Acogido por Gálvez, había recibido tierras, que contribuyeron a su prosperidad.

El 22 de junio, otro enviado, Guillermo Davenport, se presentaba a hacer un segundo requerimiento, que también fue rechazado.

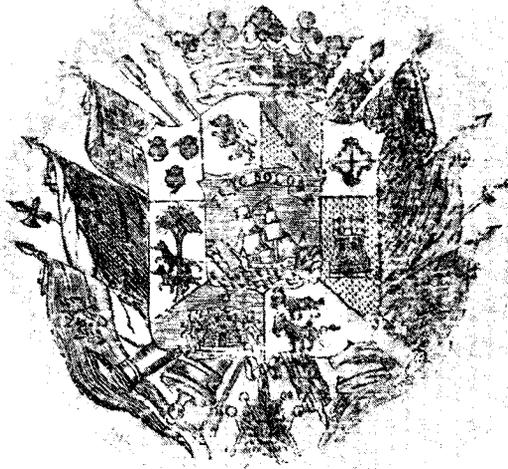
Con rapidez inusitada Gálvez comunicó estos acontecimientos a Gardoqui, quien protestó ante el Congreso, en Nueva York, mereciendo ser desaprobada la acción del Estado de Georgia. Pero, a la vez, Gálvez preparaba en Veracruz un grueso refuerzo para defender la Luisiana, aparejando dos guardacostas en cinco días, que irían a la vanguardia, mientras se disponía una fragata y un bergantín.

A fines de año de 1785 todavía se encontraban en Natchez los delegados georgianos; pero Miró, más confiado, les fijó un término de quince días para que abandonaran el territorio, habiendo salido antes del tiempo estipulado.

La situación iba agriándose poco a poco. El Congreso, aunque desaprobaba la actitud de Georgia, mantenía sus pretensiones sobre el territorio, y un flujo incontenible de emigrantes iba invadiendo paulatinamente la región que España mantenía despoblada. Otros Estados organizaban compañías, a cuya cabeza estaba el mismo general Washington, para hacer navegables los ríos y fomentar la población. Las discusiones en el Congreso originaron controversias tan serias, que llegó a preguntarse directamente a Gardoqui si había ido a desunir la Confederación. Aún se alcanzó el extremo de decretar un ayuno general por la conservación de la Unión. El optimismo de Gardoqui iba continuamente en aumento. Sus cartas, siempre daban cuenta de que había convencido al Ministro de Negocios Extranjeros o al mismo Presidente. Pero el tratado no llegó a firmarse sino hasta 1795, es decir, trece años después de que se



Piedra armiera de la Casa de los Gálvez en Macharaviaya (Málaga).



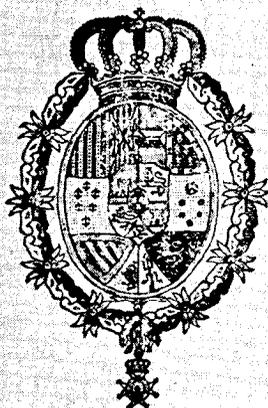
Armas del Conde de Gálvez, usadas por él en los pasaportes que otorgaba.

✻

REALES CEDULAS,
EN QUE EL REY

SE SIRVE HACER MERCED
de Título de Castilla , con la denomina-
cion de Conde de Galvez , y la adición de
una Flor de Lis de Oro en campo azul para
el Escudo de sus Armas , al Teniente Gene-
ral de los Reales Exercitos Don Bernardo
de Galvez, Cavallero de la Real y distin-
guida Orden de Carlos Tercero , Comen-
dador de Bolaños en la de Calatrava , Go-
vernador y Capitan General de la Lui-
siana y Florida Occidental, &c.

AÑO



1783.

EN MADRID:

En la Imprenta de DON PEDRO MARIN.

Real Cédula en la que se concede el Título de Castilla de Conde de Gálvez, para don Bernardo de Gálvez. Año de 1783. (Archivo Histórico Nacional).

iniciaron las primeras gestiones. Conforme al artículo 2.º, se estableció la línea divisoria en el paralelo 31, y según el 4.º, se concedió libre navegación del Mississipi en toda su extensión. Había ganado la partida Estados Unidos, pero poco importaba ya, pues unos cuantos años más tarde la Luisiana y la Florida habían de pasar a su poder.

* * *

La actitud de Bernardo de Gálvez ante los norteamericanos es un poco desconcertante. Hemos visto la manera cómo los favorecía en sus corrientes migratorias y como les negaba la posibilidad de que pudieran apoderarse del territorio español. Su amistad con Pollock lo hizo mimarlo hasta el grado de facilitarle crecidas sumas, que más tarde se negó el Congreso a reconocer, y a darle la libertad cuando fue encarcelado en La Habana por comercio fraudulento.

En Estados Unidos gozaba de gran popularidad. Por su ayuda a la independencia, Pollock solicitó su retrato para colgarlo en el salón del Congreso, y este organismo hubo de publicar una carta laudatoria de Gálvez por todos sus servicios. En la cúspide de la notoriedad, fue común en los banquetes oficiales brindar por la salud de los generales Washington y Gálvez, quien apoyó la construcción del primer templo católico de Nueva York, como regalo de Carlos III.

En otra faceta, en cambio, luchó encarnizadamente por eliminar las pretensiones norteamericanas sobre el río y la frontera. Hábil diplomático, fue pródigo en regalos de pólvora a los indios para que atacasen a los blancos que invadían sus terrenos de caza, sin que el Congreso se enterara de estas maniobras.

En realidad, Gálvez no fue ni amigo falso, ni enemigo sincero de los Estados Unidos. Era un patriota que, consciente de su deber, aprovechaba todas las oportunidades para favorecer a España, ganándole alianzas ventajosas cuando era factible o defendiéndola a tiro de arcabuz si era necesario (30).

* * *

(30) PORRAS, pág. 29 a 30.

Casi inmediatamente tomada Panzacola, Gálvez envió a Cuba como segundo jefe del Ejército de Operaciones de América, una fuerza de 10.000 hombres que mandaba el General don Victorio de Navia, destinada a vencer al enemigo, principalmente en Jamaica y Providencia.

Jamaica debería ser atacada desde Guarico, en la isla de Santo Domingo, conjuntamente con las tropas francesas aliadas del Conde de Grasse, ya que el contingente español había disminuído mucho por las enfermedades tropicales y por haber salido, también, guarniciones para defender posiciones susceptibles de ser atacadas por los ingleses y dos expediciones de 2.000 hombres cada una, para Honduras y Providencia, donde ya existían enclaves británicos.

El Conde de Gálvez llegó a Guarico a fines de febrero de 1782, para preparar la campaña junto a Grasse, pero fue triste su decepción, cuando supo que la Armada de 36 navíos de éste, había sido atacada el 9 de abril por una flota inglesa de 44 embarcaciones, que mandaba el Almirante Rodney.

Ante la imposibilidad de llevar a cabo el ataque, acordaron ambos Generales esperar auxilios de Europa.

En desesperante inactividad por éstos y otros contrarios acontecimientos, Gálvez se mantuvo a la expectativa hasta enero, en que una nueva sorpresa vino a afligirlo. El Rey de Francia exigía que el mando se unificara en manos del Conde de Estaing, y Carlos III había accedido, no obstante estar plenamente a gusto con la conducta de Gálvez.

El Tratado de París, firmado el 20 de enero de 1783, con el cual se daba fin a la guerra, evitó la cesión del mando. El Ejército de Operaciones se disgregó entre Buenos Aires, el Callao y España.

Con la paz llegó, el 5 de abril, a Guarico la escuadra del Almirante Hood, en la cual viajaba el Príncipe Guillermo, Duque de Lancaster, a quien Gálvez, entre los obsequios que le hizo, incluyó, como el más importante, el indulto de los prisioneros ingleses tomados en la Luisiana.

El 28 del mismo mes se embarcó con sus tropas rumbo a la Península. Allí estuvo poco tiempo, regresando a Cuba a desempeñar su gobierno, que le había sido otorgado en 1.º de junio de 1784.

Al hacer escala en La Guaira, durante la travesía, supo el fallecimiento de su padre, el Virrey de Nueva España, ocurrido el 3 de noviembre.

Desembarcó en La Habana el 4 de febrero de 1785, pero su go-

bierno aquí fue muy breve, pues al siguiente mes era promovido al virreinato de México en calidad de interino.

* * *

Su actividad aquí se destacó particularmente por el sumo interés que tomó en aliviar la penosa situación en que se hallaba el pueblo mexicano, debido a la pérdida de las cosechas de maíz, y a una epidemia de peste, llegando a repartir doce mil pesos que le quedaban de la herencia de su padre y ofreciendo a sus súbditos conseguir otros cien mil, exhortando a todas las personas acaudaladas para conjugar la miseria que amenazaba. Granjeóse así muy pronto el cariño de todos, siguiendo las líneas de gobierno de su padre, del que había heredado la sencillez en el trato y la hidalguía en todas sus acciones, más una gran simpatía personal y una apuesta figura, a la que añadía una gran ilustración, elegancia y exquisita cortesía. En aquella oportunidad el buen Conde no se dió un instante de reposo, saliendo muchas veces de Palacio, sin sombrero, a repartir caridades con sus propias manos, pero a pesar de todos los esfuerzos del Virrey se calculan en más de 300.000 las víctimas del desastre *«año del hambre»*.

La bondad era inherente al Conde de Gálvez. Cierta vez le tocó pasar frente al cadalso que se había levantado para ajusticiar a tres reos de muerte, los que eran en esos momentos llevados al sitio de la ejecución por un piquete de soldados. Averiguó el Virrey el motivo por el que se los condenaba y queriendo hacer una concesión graciosa los indultó de la pena de muerte, conmutándosela por otra menor, de lo que dió cuenta al Rey, quien contestó que estaba bien la clemencia, pero que en adelante consultase a la Corte antes de tomar determinaciones de tal especie.

Gustábale al Conde ser visto. Paseaba de a pie por los portales de Mercaderes y de las Flores, ya con la oficialidad, ya con su mujer y con sus parientes. Otras veces íbase a la salida de los templos y saludaba a la gente, diciéndole cosas agradables. A todos atendía con ánimo igual y justo, y nadie recibió mal de sus manos. Era cariñoso y afable, tanto con las personas de la aristocracia como con las del pueblo, y no había quien no le ensalzase con verdadero cariño. Una sonrisa de afecto formaba parte de su rostro, con la que infundía confianza a los que se le aproximaban y, aunque les negase lo que pretendían, siempre se iban complacidos de su lado,

dada su delicada diplomacia que compensaba la negativa con algunas finezas o halagos, que añadía a su siempre encantadora conversación. No había función en el Coliseo a la que los Virreyes faltasen, y por las tardes guiando su propio quitrín hacía don Bernardo evolucionar los briosos corceles por la Alameda o el paseo de Bucareli, recibiendo los aplausos y los vítores de sus admiradores.

Impulsado por su natural afán de agradar, ganando mayor popularidad, quiso congraciarse más con el ejército, disponiendo que su hijo Miguel, que no alcanzaba ya los tres años, sentara plaza de soldado en el famoso Regimiento de Granaderos de Zamora. Una tupida enramada de la que colgaban vistosos adornos se levantó en la amplia azotea del palacio virreinal. Para solemnizar el buen suceso se sirvió bajo ella, a todo el Regimiento y gran número de militares y convidados, una sabrosa merienda, en la que competían los manjares más variados y succulentos. «Una alegría espiritual y fina corrió ágil por todas las mesas. Los virreyes departieron con todos los soldados con esa afabilidad acogedora y constante que los hacía entrar en los ánimos, asentándose en ellos con cariño. Y el infante miliciano, con la boca en risa, pasaba entre los soldados de unos brazos a otros balbuciendo sus gracias ingenuas» (31).

En el tiempo de su corto mandato fomentó el empedrado y alumbrado público, así como en reparar las calzadas de Vallejo, la Piedad y San Agustín y el camino a Acapulco. Inició las obras de reconstrucción del Castillo-palacio de Chapultepec, que don Matías de Gálvez había tratado de empezar; mejoró el palacio virreinal y emprendió la construcción de las torres de la catedral metropolitana. Dedicó especial atención a difundir la nueva vacuna contra la viruela, a la creación de una escuela botánica, al progreso de la Academia de San Luis y a los establecimientos de las provincias internas: Sonora, California, Nueva Vizcaya, Texas, Nuevo México y Coahuila (32).

Propuso don Bernardo a Su Majestad que el palacio de Chapultepec fuese en lo sucesivo el lugar donde se recibiera a los virreyes que marchaban a México, entregándoles allí el bastón de mando,

(31) VALLE ARIZPE, págs. 161 a 175.

(32) Véase, por ejemplo: *El Conde de Gálvez por R. O. instruye al Comandante Gral. de las provincias internas, Don Jacobo Ugarte y Loyola, para su mejor gobierno*; 26 de agosto de 1786.—Biblioteca Nacional, Raros, número 1.237.

y no en la deteriorada casona de San Cristóbal Ecatepec, donde se efectuaba. La proposición fue aceptada, pero Gálvez prefirió, en vez de restaurar el antiguo palacio que habitaran los Emperadores aztecas, fabricar uno nuevo en la cumbre del cerro, muy próximo al lugar donde se encontraba una ermita dedicada a San Francisco Javier. Este hecho le atrajo, por suspicaces habladurías malquerientes y envidiosas, las sospechas de la Corte de que quería convertirse en soberano independiente de la Nueva España (33), lo que, por cierto, era rotundamente falso.

Difícil es que la leyenda no adorne con sutileza las bellas acciones de Gálvez, muestra inequívoca de su rica personalidad, llena de matices que afloraban oportunos en cada uno de sus actos. Hasta hoy se le recuerda con aprecio y se lamenta que la muerte arrebatase tan de repente esa vida, en el momento culminante de su florecencia.

En el palacio arzobispal de Tacubaya, el día 30 de noviembre de 1786, falleció el Virrey de Nueva España, Conde de Gálvez, a los cuarenta años de edad recién cumplidos: cuarenta años en que ganó justa y merecida gloria para sí y para los suyos (34).

* * *

(33) Cuenta la tradición que habiendo llegado a oídos de Carlos III este chisme, mandó llamar a su presencia al Marqués de Sonora y se lo contó con cierto tono de reproche, a lo que respondió, indignado, Sonora ante tan vil calumnia. Se dice que esta entrevista desagradable con S. M. y la idea de haber siquiera el Monarca abrigado alguna idea de sospecha, mellaron en tal forma la salud de Don José de Gálvez, que esto contribuyó de manera decisiva en la enfermedad que lo llevó a la tumba.

(34) Una muestra más del sentimiento que produjo su fallecimiento son los siguientes impresos publicados en su memoria: «Oracion fúnebre del Excmo. Sr. Bernardo de Gálvez, conde Gálvez que en las exequias dispuestas en la Habana dijo D. Juan Bautista Barea.» Habana, 1787, 40 páginas en 4.º (Véase J. T. MEDINA, «La Imprenta en la Habana», pág. 57).—«Suspiros que en la muerte del Excmo. Sr. Conde de Gálvez exhaló el cadete del regimiento de dragones de España D. Manuel de Santa María y Sevilla». Impreso en México en 1786; verso, en 4.º—«Lamentos americanos por la sensible muerte del Excmo. Sr. D. Bernardo de Gálvez, Conde Gálvez, virrey que fue de esta Nueva España, por D. José Joaquín de Lizarrarás». México, 1786; verso, 6 págs., en 4.º—«Sentimientos de la América, justamente dolorida en la temprana inesperada muerte del Excmo. Sr. Conde de Gálvez, su virrey, etc., que expresaba D. Joseph Agustin de Castro». México, 1786; verso, 6 págs., en 4.º—«Condigno llanto de las musas en la muerte del Excmo. Sr. D. Bernardo de Gálvez, Conde Gálvez, Virrey, que fue de esta Nueva

Cuando residía el Conde de Gálvez en Nueva Orleans, estando gravemente enfermo y para cumplir su palabra antes de morir, contrajo matrimonio, el 2 de diciembre de 1777 (35), con doña María Feliciana de Saint-Maxent, viuda de don Juan Bautista Honorato d'Estrehan —con el que tuvo por única hija a Adelaida d'Estrehan— siendo testigos de la boda la ilustrísima Condesa de Macurigues y el Caballero de la Orden Militar de Santiago, Teniente Coronel don Miguel Antonio de Herrera Chacón, efectuándose la ceremonia en secreto, por ser el Conde Gobernador de la Luisiana y estar prohibido, como se sabe, que los funcionarios de su rango casasen con sus gobernados. Una vez obtenido el permiso real se hizo público el matrimonio, lo que ocurrió estando ya restablecido don Bernardo, y «en obsequio del sacramento y de la Prole, que ha resultado, p.^a q.^e jamás se dude de su lexitimidad» (36).

España. 'Dispuesto por D. Manuel de Quirós y Campo Sagrado». México, 1786; 34 págs., en 8.º, verso heroico, con un grabado que representa al bergantín «Galvestown».—«Apunte de algunas de las gloriosas acciones del Excmo. Sr. D. Bernardo de Gálvez. Romance heroico». México, en la imprenta de Don Felipe Zúñiga y Ontiveros, año 1787; 24 páginas., en 4.º, ilustradas con notas en que se historia la campaña de Luisiana y conquista de la Movila.—«La América socorrida en el Gobierno del Conde de Gálvez, por D. Bruno Francisco de Larrañaga; Egloga en latín y castellano».—«Apuntes de algunas de las gloriosas acciones del señor don Bernardo de Gálvez, por Manuel Valdés».—«Carta de pésame dirigida a todos los súbditos del Reyno, por D. José M. de Vargas».—«Llanto con que corresponde México a la pregunta de un curioso sobre la muerte del Virrey Conde de Gálvez» y «La América llorando por la temprana muerte de su amado, su padre, su bien y sus delicias el Excmo. Señor D. Bernardo de Gálvez, Conde de Gálvez, etc., por Don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador...».—Hay referencias a los Gálvez en «Carlota. Triunfos y heroicidades de nuestro catholico monarca el señor D. Carlos III en la América Septentrional. Poema heroico. Romance endecasílabo. Lo cantaba D. Dionisio Pacheco Martínez de Ita y Parra». México, 1785; 48 páginas, en 8.º.—Algunas de estas publicaciones raras son citadas por Fernández Duro en *Armada Española*, t. VII, pág. 360, la mayoría de las cuales nos ha sido imposible encontrar.

(35) Iglesia Mayor de Nueva Orleans, libro 2.º de matrimonios, folio 3.

(36) Archivo Histórico Nacional, expediente núm. 1.009 de la Orden de Carlos III, año 1797, perteneciente a Don Miguel de Gálvez y Saint-Maxent.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, Marqués García del Postigo, Isidoro Vázquez de: *Vida y obras del Ministro de Indias Don José de Gálvez, Marqués de Sonora*. Rev. de Indias...
- —: *La Casa de Gálvez*. Libro en preparación.
- ALAMÁN, Lucas: *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron, a fines del siglo XV y principios del XVI, de las islas y continente americano, hasta la independencia*. México, 1849.
- ALCÁZAR MOLINA, Cayetano: *Los Virreinos en el siglo XVIII, en Historia General de América*. Ed. Salvat. Barcelona, 1945.
- ALCOCER, Mariano: *Títulos de Castilla*. Publicación del Archivo de Simancas. Valladolid, 1927 y 1942.
- ARRÓNIZ, M.: *Enciclopedia hispano-americana. Manual de Historia y Cronología de México*. París, 1858.
- ATIENZA, Barón de Cobos de Belchite, Julio: *Nobiliario Español*. Aguilar. Madrid, 1945.
- —: *Títulos nobiliarios hispanoamericanos*. Aguilar. Madrid, 1947.
- BALLESTEROS BERETA, Antonio: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Barcelona, 1929.
- BERISTAIN y SOUSA, José Mariano: *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*. Tip. Colegio Católico. Amecameca, 1883.
- BRAVO UGARTE, José: *Historia de México*. México, 1941.
- CADENAS, Vicente y ATIENZA, Julio: *Índice Nobiliario Español*. Recopilado y redactado por... Hidalguía, Madrid, 1955.
- CALVO, Andrés: *Los tres siglos de México durante el gobierno español, hasta la entrada del ejército trigarante*. México, 1836-38.
- CANGHEY, John: *Bernardo de Gálvez and the English Smuggles on the Mississippi*. en *Hispanic American Historical Review*, febrero de 1932.
- CATÁLOGO alfabético de los documentos referentes a *Títulos del Reino y Grandezas de España conservados en la sección de Consejos suprimidos*. Publ. Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1953.
- CONSEJO de Castilla, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Catálogo por materias. Publ. Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1925.
- COROLEU, José: *América, Historia de su colonización, dominación e independencia*. Montaner y Simón. Barcelona, 1928.
- CHACÓN y CALVO, Conde de Casa Bayona, José María: *El documento y la reconstrucción histórica*. Rev. Avance. La Habana, 1925.
- DANVILA y COLLADO, Manuel: *Reinado de Carlos III*. En *Historia General de España*, de Cánovas del Castillo. Madrid, 1891-96.
- DESDEVISES DU DESERT, Gustavo: *La Louisiana a la fin du XVIII.*

- siecle, en Revue de l'Histoire des Colonies Françaises. Troisième Année, págs. 235-260.
- DÍAZ DE ESCOBAR, Narciso: *Malagueños Ilustres*. (Colección de artículos periodísticos existente en la Biblioteca del Ayuntamiento de Málaga).
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón*. Madrid, 1900.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Angel: *Extracto del Catálogo de los Documentos del Consejo de Indias, conservados en la Sección Consejos del Archivo Histórico Nacional*. Madrid, 1920.
- INDICE de las pruebas de los Caballeros de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III, desde su institución hasta el año 1847. Publ. Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1904.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*. Tip. Mellado. Madrid, 1857.
- LOUREDA, I.: *Elementos de Historia de México*. México, 1919.
- MEDINA, José Toribio: *La Imprenta en La Habana*. Imp. Elzeviriana. Santiago de Chile, 1904.
- —: *Biblioteca Hispano-americana (1493-1810)*. Santiago de Chile, 1902.
- MOROTE CHAPA, Francisco: *Notas y noticias sobre don Matías Gálvez, Virrey de Nueva España*. Anales del Inst. Nac. de Segunda Enseñanza de Valencia. Tip. Vivas Mora. Valencia, 1930.
- OCARANZA, Fernando de: *Crónicas y Relaciones del Occidente de México*. México, 1937.
- OROZCO Y BERRA, Manuel: *Historia de la dominación española en México*. México, 1938.
- PALAU Y DULCET, Antonio: *Manual del Librero Hispanoamericano*. Barcelona, 1953.
- PEREYRA, Carlos: *Historia de la América Española*.
- PORRAS MUÑOZ, Guillermo: *Acta de matrimonio de Bernardo de Gálvez y Felicitas de Saint-Maxent*. En Boletín del Archivo General Nacional de México, t. XVI, n.º 2, año 1945, páginas 277-281.
- —: *El Conde de Gálvez*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1954.
- RIVA-PALACIO, Vicente: *México a través de los siglos*. Barcelona.
- RUBIO-ARGÜELLES, Condesa de Berlanga de Duero, Angeles: *Un Ministro de Carlos III*. Málaga, 1949.
- —: *Pequeña Historia de Málaga del siglo XVIII*. Imp. Gutiérrez. Málaga, 1951.
- —: *Vidas que fueron. Apuntes Históricos Malacitanos (1898-1812)*. Málaga, 1956.
- —: *Zúñiga, impresor del siglo XVIII en México*. En Revista Las Ciencias. Madrid, año XXII, n.º 3, 1957.
- RÚJULA Y OCHOTORENA, Félix y José: *Índice de los Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid*. Madrid, 1920.
- SANTA CRUZ Y MALLÉN, Conde de San Juan de Jaruco y de Santa

- Cruz de Mopox, Xavier de: *Historia de Familias Cubanas*. Editorial Hércules. La Habana, 1943.
- SOUVIRÓN, Sebastián: *Bernardo de Gálvez, Virrey de México*. Excelentísima Diputación Provincial de Málaga, 1946.
- TEXIDOR, Felipe: *Noticias y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España, escritas por el Conde de Gálvez y publicadas por...*, Anales del Museo Nacional. México, 1925.
- TORRES Y VALCÁZAR, Pilar: *Relación de expedientes de títulos nobiliarios que se conservan en el archivo del Ministerio de Justicia*. Rev. Hidalguía, números 28 y 29. Madrid, 1958.
- TUDELA DE LA ORDEN, José: *Los Manuscritos de América en las bibliotecas de España*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1954.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de: *Virreyes y Virreinas de la Nueva España*. (Segunda Serie). Ed. Jus. México, 1947.
- VASCONCELOS, José: *Breve Historia de México*. Imp. Palomeque. Madrid, 1952.
- VALENZUELA, María del Carmen: *El estado de Guerra en Nueva España, 1760-1808*. México, 1950.

* * *

Las ilustraciones que acompañan este trabajo han sido facilitadas por el autor del mismo.